

Carlos IV: haced que ningun maligno viento del Aquilon perturbe su tranquilidad: que ninguna nube obscurezca los resplandores de su claridad, para que se acredite digno sucesor de los Recaredos, Fernandos, Felipes y Carlos; prosperad toda su Real Familia, todos sus dominios católicos, y echad vuestra bendicion sobre todos sus moradores, para que haciendo frutos dignos de penitencia, os acompañen eternamente en la gloria. Amen.

DE SANTA ROSA DE VITERBO.

Quæsiui sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.

Sapient. cap. 8.

Me resolví á tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria.

Si alguna vez pudiera liõngearme de haber ocupado la cátedra santa, sin el menor riesgo de defraudar vuestros deseos, sería ciertamente en este dia consagrado á la solemnidad de un objeto el mas tierno, el mas sublime, y el mas digno de la universal espectacion. Porque, ¿qué argumento mas noble ni mas ventajoso podia presentarme la suerte, que el empeño de exponer los encomios de una Virgen heróyca, á quien el divino Esposo, por un rasgo de graciosa predileccion, colmó en los albores de la infancia de los dones mas exquisitos, para señalarla con los carácteres propios de una esposa, destinada desde la eternidad al divino tálamo? El elogio de una doncella generosa, que en los crepusculos de su vida presagió con singulares portentos su santidad futura, llenó de asombro la Italia, de júbilo la nacion Ultramontana, de consuelo la Metrópoli del mundo, y dió á entender en su misma cuna que nacia en la Toscana una niña que habia de llegar á ser luz y gloria de Viterbo? El panegirico de una esclarecida jóven, que á pesar de las

funestas impresiones de Adán, llegó en los arrullos de la puericia á la senectud de la perfeccion, á la pureza de los espíritus Angélicos, á la sabiduría de los Querubines, al encendido amor de los Serafines, y al zelo de los mas fervorosos Apóstoles? Lo diré de una vez: ¿qué motivo de mayor complacencia podia depararme la fortuna, que tener la gloria de presentarme en este sagrado sitio para pronunciar las alabanzas de la incomparable Rosa, honor de la Religion Minorita, vengadora de las inmunidades de la Iglesia, domadora de monstruos, terror de los cismas, modelo de la piedad, esplendor de las Vírgenes, ornamento de su débil sexô, y la flor mas fragante del Septentrion, cuyos aromas han llenado de suavidad los dilatados ámbitos de la Iglesia.

Yo confieso que solo al proferir el bienaventurado nombre de Rosa, me siento animado interiormente de la grandeza de mi objeto, porque la imaginacion me avisa, que su portentosa vida no es otra cosa que un ameno vergel, matizado con las mas bellas flores, una primavera de sazonados frutos, un animado mapa de prodigios inauditos, una alternativa de privilegios insólitos, una cadena de sucesos extraordinarios, un agregado de empresas gloriosas, y una pirámide de triunfos, capaces de hacer época en la série de los tiempos. Si me propongo analizar los principales pasages de su Crónica, la veo en su misma aurora, como un pequeño Moysés, suscitada por la Providencia en un siglo obscuro, para hacer alarde de su poder contra la petulante impiedad de Federico II, indigno sucesor de los Enriques, Lotarios, Carlos y Ludovicos, que rotos los frenos de la obediencia al Sumo Pontífice, tiranizaba la nacion escogida, dividiendo furioso la túnica inconsutil de la Iglesia. Si la miro en los pre-

liminares de su infancia, me parece desde luego un Eliseo, que penetrando la tenebrosa region de los muertos, resucita á una tia suya con asombro de quantos concurrieron á suavizar las amarguras de su afligida familia; y luego convierte unos fragmentos de pan que habia reservado para los pobres, en purpúreas rosas por deslumbrar á su anciano padre opuesto á las profusiones de su balbuciente caridad. Si la contemplo en su adolescencia, se me figura un Josué, que enarvolando las vanderas de la Cruz, arrostra con las naciones enemigas, pisa con sus plantas vencedoras el cuello de sus feroces ribales, echa por tierra el soberbio coloso del cisma, afianza los derechos del Vaticano, y pone á Roma en la antigua posesion del patrimonio santo. Si exámino los hermosos dias de su pubertad, se me representa un Pablo, porque poseida de un espíritu universal; y semejante á una nube que vá derramando un saludable rocío por los lugares de su tránsito, siembra la palabra divina con la eficacia de sus exemplos y doctrina en los pueblos de Soriano, Viterbo, Espoleto y Vitorquiano. Si vuelvo los ojos á los instantes póstumos de su vida, reparo que la fama de su santidad vuela como un fuego rápido por todos los paises de la Etruria, los pueblos se disputan la dicha de tenerla dentro de sus muros, las plazas de Italia se convierten en teatros de su gloria, las Cortes de Europa se conmueven al sonido de sus maravillas, y la Silla de San Pedro, atónita á vista de este espectáculo, expide Letras Pontificias indagadoras de su virtud, como si intentára colocarla viva sobre los altares.

Y ved aquí que este cúmulo de circunstancias admirables en que pudieran por su misma abundancia zozobrar los labios mas eloqüentes, y tal vez fluctuar el entendimiento mas robusto, me propor-

ciona sin embargo nuevas ventajas para fundar el elogio de mi incomparable Rosa. ¿Cómo así? Porque un pensamiento de gloria, capaz de llenar de algun modo la amplitud de su mérito, contrayendo su santidad trascendental á ciertos límites, me está precisando á que me transporte en espíritu desde el Austro hasta las regiones del Aquilon, y me insta á que con mano intrépida estampe con caractéres de oro, sobre el mármol que cubre su incorrupto cadáver, aquella celestial inscripcion que el mas sabio Monarca de Israel grabó en los libros Santos de la antigua alianza para encarecer las preciosas dotes de la sabiduría: *Quæsvi sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.* Me resolví á tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria. Así hablaba el Rey Salomon quando se propuso alabar las bellas calidades de la sabiduría; y yo me persuado, que baxo esta hermosa idea quiso dexarnos un cumplido elogio de la prodigiosa vírgen de Viterbo. No hay que dudarle: Dios que siempre ha puesto sus delicias en los hijos de los hombres, amó á Rosa desde los caminos de la eternidad, previniéndola anticipadamente con las señales mas expresivas de su ternura: *Quæsvi sponsam mihi eam assumere.* La amó, distinguiéndola con los privilegios mas auténticos de una predilecta esposa: *Et amator factus sum formæ illius.* Digamos pues, sin rezelo, que Dios amó desde la eternidad á Santa Rosa de Viterbo como á esposa suya. ¿Pero de qué modo? Atendedme, porque en esto consiste todo su elogio. La amó como á esposa suya, disponiéndola al divino tálamo por medio de gracias especiales, y de una escrupulosa experiencia que hizo de su fidelidad y constancia: primér indicio de su amor, y primera parte de mi discurso. La amó como á esposa suya,

interesándose en exáltarla y colmarla de los mas señalados favores y beneficios de su soberana diestra: segundo indicio de su amor, y segunda parte de mi Panegírico.

Estas son, venerable congreso de Penitencia, las dos proposiciones que van á formar el elogio de vuestra cohermana y singular Patrona, la incomparable Rosa, esclarecida hija del Seráfico Padre, y hermoso pimpollo que brotó de las raices del grande árbol de vuestra Orden Tercera: árbol frondoso que ha cubierto con su prodigiosa sombra los inmensos espacios de la Europa, Asia, Septentrion y Mediodia: árbol feraz que ha producido preciosos frutos de santidad, cuya fragancia esparcida sobre los altares ha sido para la Iglesia motivo de eterno gozo: árbol místico, sobre cuyas ramas han descansado las tiaras, los cetros, las púrpuras y las mitras; árbol finalmente, que para ser fecundo bastaria haber fomentado en su seno á una Rosa de Viterbo, vuestra gloriosa tutelar, á quien habeis elegido por modelo de vuestras costumbres. Para referir con fruto sus heróycas acciones, y hablar dignamente de una Santa que hizo tanto honor á vuestra Orden Tercera, imploremos del cielo las luces necesarias, y á este fin recurramos á la que es Madre de la gracia, saludándola con el Angel. *Ave María.*

Dios amó á Santa Rosa de Viterbo como á esposa suya, y la dispuso al divino tálamo por medio de gracias especiales, y de una escrupulosa experiencia que hizo de su fidelidad y constancia.

PRIMERA PROPOSICION.

Como Dios habia elegido á la bienaventurada Rosa con singular predileccion antes del nacimien-

to de los siglos para esposa suya, en virtud de esta admirable disposicion la segrega anticipadamente como á los Isaías y Danieles, de la masa comun de la corrupcion por medio de ciertos favores extraordinarios, imprime en ella desde el vientre materno el sello irrevocable de su divina misericordia, la dispone con especial cariño para que sea objeto digno de sus tiernas complacencias, la señala con distinguidos privilegios, y singulares muestras de una particular dignacion, la previene como al Profeta Precursor con las augustas bendiciones de su soberana diestra, derrama en ella con profusion el oceano de sus celestiales caricias, la adorna con aquel conjunto de circunstancias que forman el peculiar carácter de una alma escogida, y se propone muy de antemano conducirla con los esfuerzos de su brazo por las sendas rectas, á pesar de los funestos escollos que pudieran precipitarla.

En consecuencia de esta misma eleccion la proporciona al tiempo de formar su misma substancia una cadena de prodigios que solo pudo combinar su adorable Providencia. Fecunda la impotente esterilidad de su anciana madre, para declarar con un parto milagroso el feliz nacimiento de una niña, que con el tiempo llenaria de honor y gozo los pueblos Ultramontanos: la infunde en su primera organizacion una alma ingeniosa, parecida á la de Salomon, llena de bondad y dulzura: la concede en el instante de su nacimiento una inocencia rara, y un candor de ánimo incapaz de empañarse con las obscuras sombras del vicio: la da una bella iadole, naturalmente inclinada á abrazar el partido de la virtud: un corazon puro que jamas pudo contagiar el venenoso ayre de la corrupcion: un talento escogido, muy propio para seguir el sistema luminoso de la razon: un valor y una constancia su-

perior á las extravagancias de un siglo corrompido: unas inclinaciones piadosas, aptas á perfeccionarse con el soplo de las inspiraciones: un espíritu varonil, y un genio dócil, que fueron otros tantos presagios de los admirables progresos que haria esta niña heróyca desde los primeros bosquejos de su vida.

A estas felices disposiciones añade la Providencia divina los fomentos de la educacion paterna, y los poderosos estímulos de su amable nacion. Si señores: la destina al rededor de su ilustre cuna un padre anciano, muy semejante en la fé al Patriarca Abraham, y en la piedad al viejo Tobías, una madre tan virtuosa como la esposa de Elcana, tan discreta como Noemi, y tan prudente como Abigail, así no conoce otro mas importante cuidado que la instruccion del bendito fruto de su fecundidad. La depara una familia honesta, donde solo reyna la paz sólida, la armonía suave, la union constante, la subordinacion prudente, la continua aplicacion á los exercicios de piedad, y un perfecto espíritu del christianismo. La coloca en fin á la sombra de una estirpe gloriosa, de una nacion escogida que escucha con respeto como hija primogénita la voz del Vaticano: á la sombra de un país regado con los sudores apostólicos de los dos Príncipes de la Iglesia, teñido con la preciosa sangre de tantos Mártires, cultivado con el fervoroso zelo de los Benitos, Franciscos, Bernardinos, Neris y Borromeos; ilustrado con los resplandores eloqüentes de los Chrisólogos, Anselmos, Aquinos y Buenaventuras, y santificado con las prodigiosas pisadas de las Claras, Catalinas y Franciscas: á la sombra de unos pueblos, cuya verdadera Religion, preciosa reliquia del Apostolado de Pedro, no han podido extinguir, ni el furor de los Emperadores Roma-

nos, ni las erupciones bárbaras, ni la extravagancia de ritos extrangeros, ni todas las furias infernales. En una palabra, la pone el Señor en medio de una region, donde todo lo que mira al rededor de sí respira el buen olor de la santidad y de la virtud.

Ved aquí una venturosa Virgen, objeto de las caricias de un Dios, prevenida con bendiciones de dulzura, rubricada desde el seno de su madre con la sagrada marca del Empireo, y adornada con las mas preciosas joyas de la divina gracia; pero una Virgen, cuya pronta y fiel correspondencia á los favores del cielo, contribuyó á formarla una esposa digna de la eleccion y de las complacencias de su amado. ¿Deseais verlo? Retroceded en espíritu al siglo XIII, y observad con reflexion sus primeros ensayos. Apenas estuvo organizado su tierno corazon, quando sin vacilar un punto entre el bien y el mal, pasa desde las mismas faxas á los brazos de la virtud; su lengua balbuciente aun no puede articular mas voces que las de Jesus y María, y ya pide con ansia ser llevada al templo de Santa María de Poggio: allí postrada como el niño Samuel al pie de los altares, levanta sus tiernecitas manos hácia el divino Hacedor, adora la inmensa grandeza de su soberanía, le consagra los primeros fervores de su alma, le ofrece todos sus respetos, se entrega á él sin reserva alguna, le hace un pronto y temprano sacrificio de todas sus potencias, y pasa los dias enteros, empleándose en dulces coloquios con su divino Esposo.

¿No es esta, oyentes, una señal clara de que Dios con una especial predileccion guiaba á esta su pequeña esposa por las maravillosas sendas de la perfeccion y del mérito? Avivad la imaginacion, y acompañad conmigo sus rápidos vuelos. Cumple Rosa los tres años, y superior á la imbecilidad de la

naturaleza humana, halla en su infancia el secreto que no encontró la famosa Judit hasta la edad adulta de triunfar del mundo en medio de él. ¡Qué espectáculo tan digno de admiracion! Una parvulita inocente, que acaba de descolgarse del pecho de su madre, y que no ha tocado ni aun los preludios de la pubertad, y ya sabe formarse una especie de soledad y de retiro en medio de una celdilla estrecha y obscura, que elige en lo mas oculto de su familia. Aquí sin huir como Abraham á los desiertos de Mambré, sin morar en las fragosas cimas de Oreb como Moysés, sin ocultarse como Elías entre las asperezas del Carmelo, y sin buscar las grutas que habitaron los antiguos Colonos del Yermo, los Pablos, Brunos y Mauros, encerrada dentro de sí misma, y á la faz de un siglo tumultuoso, se ocupa en ataviar su inocente alma con aquellos adornos que podian ganar el corazon de su dueño. ¡Con qué esmero se apresura á agradarle, ofreciéndole en holocausto los placeres mas legitimos que la permite su infancia! ¡Con qué cuidado observa los movimientos de su corazon para escusar el menor desliz que pueda ofender los castos ojos de su amado! ¡Con qué fervor se aplica á regular sus sentidos, á recoger sus potencias, á vencer sus deseos, á sofocar sus pasiones, á alimentar su espíritu, á fortificar su voluntad y perfeccionar sus obras! Unas veces anegada en el abismo de las mas dulces contemplaciones, pasa las noches á manera de las Egipcias, Pelagias y Magdalenas, absorta en el seno de su divino bien, y se queja de la aurora que con tanta celeridad turba sus castas delicias: otras elevada hasta el trono inaccesible de su esposo, se diviniza en cierto modo, y se instruye en los arcanos mas impenetrables de su reyno: ahora convida á las criaturas insensibles como los jóvenes Hebreos

Ananias y Misael, á bendecir el nombre santo de su Criador: ahora llama con el Profeta David á los espíritus Angélicos á dar gracias á su Señor: ya provoca las potestades tártareas á rendir su soberbio cuello al omnipotente: ya finalmente, ungida con el bálsamo de la gracia, y suspensa entre el cielo y la tierra, hace baxar á su corazon aquel espíritu vivificante, y aquella divina semilla que despues habia de derramar sobre los pueblos de la Toscana.

Embelesada Rosa con el iman de las suavidades eternas, preciosos gages de su estática contemplacion, y ansiosa de morir enteramente al mundo, toma la resolucion santa á los nueve años de su edad de vestir el ceniciento trage del Venerable Orden de Penitencia, y pasa de una tierra profana á una region santificada con las huellas de las Margaritas, Isabeles, Delfinas, Angelas, Jacintas, Ludovicas y Micaelas; se cubre su hermoso rostro con un velo lúgubre, carga sobre sus virginales carnes una túnica áspera, ciñe su cintura con una cuerda gruesa, corta la dorada madeja de sus cabellos, y los ofrece por víctima de su amor, y como una señal expresa de su eterna alianza con Jesuchristo, esposo invisible, á quien únicamente desea agradar. De este modo, adornada con las penitentes insignias de su sagrado órden, é impaciente por transformarse toda en su enamorado dueño, se abraza con la pesada cruz de la mortificacion; émula de tantas famosas heroínas, que la precedieron en la carrera de la austeridad, rodea su inocente cuerpecillo con un espantoso aparato de inusitados tormentos que pudieran estremecer al solitario mas esforzado: observa en lo mas interior de su recogimiento un profundo silencio, que interrumpe solo con el estruendo de los crueles instrumentos de su penitencia: ciñe su inocente cuerpo con un horrible silicio, cuyas

sangrientas heridas renuevan las disciplinas con que aflige su martirizada carne tres veces cada dia: su alimento es tan escaso, que mas sirve para detener la muerte que para sustentar la vida, y aun primero le riega con sus lágrimas, antes de llevarlo á sus macilentos labios: su cama es el duro suelo, y el breve sueño que toma es un tributo que por fuerza le arranca su desfallecimiento: expone su afligido cuerpecito á la intemperie de los elementos, para que sucesivamente le persigan el frio, el calor, la sed y el hambre: reune en su persona todos los dolores que podian causar los toros de bronce, las parrillas, los garfios, las nabajas y quantas invenciones halló la fereza en ódio de la Religion. ¿Pero á dónde voy? Yo no soy capaz de explicar los extremos de su rigor: basta decir, que sujetó sus delicados miembros á tan asombrosa austeridad, que mas parecia un destrozado esqueleto, que un cuerpo vivo.

No es paradoxa, no lo creais. Los xefes de la Iglesia Bonifacio IV y Calixto III nos aseguran, que este prodigioso parto de la gracia llegó en sus primeros esfuerzos á la cumbre misma que pisaron los contemplativos mas famosos que habian anegado con su sangre las inaccesibles cavernas de Egipto en la Tebayda: los historiadores de su preciosa vida contestan que sus rigores inauditos llenaron de espanto á los ciudadanos de Viterbo, y de susto á sus ancianos padres, que temerosos de su temprana muerte, ponian mil obstáculos á sus desmedidos fervores: un erudito Escritor de nuestro siglo, añade, que los pueblos vecinos, conmovidos al ruido de sus austeridades, corrian presurosos á Viterbo, por registrar con sus ojos tan singular prodigio de penitencia, y se preguntaban atónitos como los habitadores de Judea en el nacimiento del Bautista.

¿quién juzgais será esta portentosa niña? Todos finalmente subscriben, que consumida Rosa á los golpes de una severidad inimitable, apresuró su dichoso tránsito, y apenas pudo vivir algunos años por una especie de milagro.

Con tan generosos sacrificios se elevó Santa Rosa de Viterbo en los preliminares de su adolescencia sobre la esfera de las cosas terrenas, y se remontó en pocos años al ápice de una perfeccion, á que no llegaron los mayores héroes de la Religion hasta los últimos dias de su vejez. En efecto: su fé en aquella edad tierna era tan viva, y su esperanza tan firme como la de los antiguos Patriarcas Abraham y Jacob: su obediencia tan ciega como la de Isaac, su mansedumbre tan grande como la de Moysés, su pureza tan peregrina como la de Josef, su valor tan esforzado como el de Josué, su zelo tan intrépido como el de Finees, su tolerancia tan constante como la de Miqueas, su caridad tan officiosa como la de Tobias: penetra los calabozos mas lúgubres, y las habitaciones mas tristes por consolar á los enfermos y á las infelices víctimas de la justicia, por alentar con sus discursos á los flacos, suavizar la amargura de los afligidos, persuadir á los tibios la resignacion, ayudar con sus débiles manos á los que la edad ó el desfallecimiento habia privado de sus fuerzas, y emplear en su alivio los residuos de su pobreza y de su abstinencia rigurosa. Su humildad era tan profunda como la de David: luego que advierte alguna aclamacion en el público, vuelve las espaldas á su temprana reputacion, huye á los lugares mas inaccesibles, y se oculta en lo mas interior de su celdilla á llorar sus importunos aplausos. Su amor era mas ardiente que el de la Esposa de los Cantares; inflamado su corazon con los incendios del amor divino, hace resonar conti-

nuamente con sus tiernos suspiros las pequeñas bóvedas de su habitacion, desfallece á los violentos impulsos del divino fuego en que arde, y saliendo fuera de sí, corre impetuosa por las calles y plazas de Viterbo, para desahogar con cánticos de alabanzas el volcan que abrasa su virginal pecho.

Si Señores; poseida Rosa de este santo amor, suspira por abrasar á todo el universo con el sagrado fuego que la inflama; quisiera comunicar á todas las criaturas alguna centella del divino ardor que la devora, á fin de que todas amasen al Soberano dueño de su corazon, y que ninguna le ofendiese; este fervoroso deseo despedaza su tierna alma con las mas vivas impresiones, y la obliga á derramar como Jeremías una fuente de lágrimas para llorar los excesos de su pueblo Viterbo: se llena de dolor y muerte de tristeza, como Elías al contemplar las prevenciones de sus compatriotas, y llega muchas veces á padecer mortales deliquios al ver los estragos que causaba el escandaloso cisma fomentado por un Emperador sacrilego, cuyos ruidosos atentados le hicieron mirar como un monstruo de iniquidad, y como objeto del horror y del ódio de todo el Norte; ya me entendeis, que hablo de Federico II, Príncipe ambicioso, indigno del nombre de los Cesares Christianos: éste invadiendo los derechos mas legítimos de la Iglesia, habia llenado de luto y de amargura á la famosa Metropoli de la christiandad: el Padre Santo, perdidos los fueros de la suprema dignidad, habia buscado su refugio entre los pabellones extrangeros, y todo el patrimonio de S. Pedro se hallaba injustamente ocupado por el tirano invasor: á la sombra de estos escándalos triunfaba la heregía, y el partido cismático á manera de un torrente inundaba toda la Etruria: Viterbo, illustre patria de nuestra santa, era la primera en la rebelion: